

13499

Nov e 24 / 71

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SERIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

1406

Se venden en *Madrid*, librería de CUESTA, calle de las Carretas, núm. 9, y S. MARTIN, Puerta del Sol; en *Provincias*, en casa de sus correspondientes.

L47 - 6089

247-6089

55-60

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

DON BLAS EL ZAPATERO

Ó D. Blas D. Panto

EL FUTURO MINISTRO.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

D. ANGEL MARIA SEGOVIA,

MÚSICA

DEL MAESTRO SCARLATTI.

CUATRO REALES.

MADRID:
IMPRESA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.
1874.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA

PERSONAJES.

ACTORES.

CAROLINA.....
D. BLAS.....
D. PEPITO.....

EL FUTURO MINISTRO.

DRAMÁTICA EN UN ACTO Y EN VERSO

DE

D. ANGEL MARIA REGOVIA.

IMPRESA

DEL MAESTRO BOGALATI.

CUATRO RAJAS.

MAURID:

IMPRESA DE G. ALAMBRA,

CALLE DE S. BERNARDO, 73.

1874.

ACTO ÚNICO.

Sala decente en casa de Carolina.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA *aparece bordando unas zapatillas.*

MÚSICA.

CAR.

¡Jesús que cansado
es este bordado!
Me voy un momento,
despues volveré.
Mas si estoy mañana
como hoy holgazana,
adios zapatillas,
no entráis en mi pie.

HABLADO.

Recojeré mi trabajo
y me marcharé allá dentro,
à ver si desde el balcon
à mi mudo amante veo. (*Llaman à la pueria.*)
Quién llama?

BLAS (*dentro.*)

CAR.

Abra usted, soy yo.
¡A qué vendrá el zapatero!
Alguna nueva embajada...
(*Alto.*) Empuje usted, que está abierto.

ESCENA II.

CAROLINA y DON BLAS.

BLAS.

Señorita Carolina
muy buenos dias.

CAR.

Muy buenos,

BLAS.

Usted buena.

CAR.

Bien, y usted?

BLAS.

Bien, à Dios, gracias.

CAR.

Me alegro.

BLAS.

Digo, ¿yo he dicho que bien?

Pues la erré de medio à medio.

Es verdad que bien estoy,
porque yo siempre estoy bueno;
á no ser lo que me mata
el reuma algunos momentos,
y los dolores de muelas
que me matan hace tiempo;
lo demás, y no contando,
porque esto yo no lo cuento,
con un dolor de riñones
que hace algunos dias tengo,
y que me mata tambien,
lo demás yo nada siento.

CAR.
BLAS.

Hombre, á usted todo le mata.

Lo que me mata mas que eso,
es mi paricnta, que está
con diez y siete diviesos
en la cama, hace ocho dias,
y yo siempre con ungüentos
entre manos, y aun asi
ya ve con todo y con eso,
cuando se le cura uno,
le salen dos pares nuevos
de modo, que me figuro
que dentro de poco tiempo,
si el Señor no lo remedia,
va á ser su cuerpo un divieso;

CAR.
BLAS.

pero á qué he venido yo?
¡Ah! vamos, si, ya recuerdo.
Es alguna buena nueva?
No, porque el asunto es viejo;
figúrese usted que hablo
de las botas que he compuesto
esta mañana...

CAR.
BLAS.

Las mias?
Si señora, las he puesto
como nuevas.

CAR.
BLAS.

Como que
nuevas eran en efecto.
Ah! si señora, en poniendo
medias suelas, vigoteras,
y á los estrémos remiendos,
tacones de nueva planta
y unos elásticos.
quedan como nuevas, pues,
y esa es la obra que he hecho;
pero con tal disimulo,
que yo mismo á veces creo

que están, señora, tan nuevas como el día que salieron del almacén.

CAR.

Cuánto es?

BLAS.

A usted dos reales y medio.

CAR.

Tome usted. (*Le dá el dinero.*)

BLAS.

(*Tomándolo.*) No corre prisa.

CAR.

Muy bien; pero yo la tengo;

y diga usted, ¿qué se sabe

del vecino del tercero?

BLAS.

De Don Pepito?

CAR.

Si.

BLAS.

¡Ah!

cada día está mas terco

en que la ha de hablar á usted.

CAR.

Si? Pues es un loco empeño;

no puedo ver que los hombres

hagan el oso.

BLAS.

Convengo;

lo mismo que usted decia

Doña Luisa Moralejo

antes de casarse con

Don Sebastian Montenegro,

y lo mismo haria yo,

si fuera mujer; pero

una cosa es hacer de oso,

y otra de un amante tierno.

Vea usted, ese Don Pepito

es un chico....

CAR.

Vaya, veo

que vá usted á empezar ahora

con sus diarios consejos;

es eso?

BLAS.

No, yo...

CAR.

Ya he dicho,

y lo repito de nuevo,

que no quiero recibir

consejos de usted.

BLAS.

Qué genio!

CAR.

Ni de nadie, si es contra

de lo que yo quiero y pienso.

BLAS.

Como usted me preguntaba

si sabia de él, por eso...

CAR.

Bueno, porque me interesa,

porque es un chico á quien quiero;

por su figura me gusta

mas, cada vez que le veo,

me temo que hable, y
eche mi ilusion al suelo.
No me gustan los piropos,
me cargan los chicoleos....
BLAS. Pues entonces, señorita,
si le disgusta á usted eso
de que la echen piropos,
no tendrá usted nunca, creo,
un novio, porque... qué diantre!
¿que han de decir sino es eso?
CAR. Ea, déjeme esté en paz.
BLAS. Abur! (Váse.)
Y se vá!!; Qué genio!

ESCENA III.

DON BLAS.
¡Toma! Y se ha ido, y me deja
la muy grandisima loca,
con una cuarta de boca
que llega de oreja á oreja;
y de ese genio tan malo
dice que no cura? ¡Oh!
ya la curaría yo
con el jarabe de palo.
Mas pese al genio maldito,
á los dos he de arreglar;
me voy ahora á buscar
á mi señor Don Pepito.

ESCENA IV.

DON BLAS y PEPITO.

MÚSICA.

PEP. Don Blas, qué háy del negocio?
BLAS. No se presenta mal.
PEP. Marchemos, no nos vea.
BLAS. Escuche usted y sabrá.
Es Carolina
la mas divina
de las mujeres
que he visto yo.
Pero la hermosa
es caprichosa,
segun há poco
me declaró.
PEP. Sé que es divina

BLAS.

Bien.

Por eso se lo recuerdo;
yo soy persona decente
porque mis papás lo fueron,
y constante en mis ideas
de liberal puro, acérrimo,
he preferido á *venderme*,
ser un triste zapatero.
Mire usted, en las elecciones
pude yo...

PEP.

(Jesús! qué terco!)

Hombre, si ya estoy cansado
de oírle á usted todo eso?

BLAS.

Pues yo jamás me he cansado
de decirlo, porque es cierto;
mire usted, Don Juan Martínez...

PEP.

No miro nada, estoy ciego. (*Se pasea aburrido.*)

BLAS.

Don Juan Martínez, que es
teniente de granaderos,
es testigo; y mi papá
era un hombre de provecho;
figúrese usted que un día
estando en el campamento,
se presentó un coronel....

PEP.

Vaya, Don Blas, hasta luego. (*Se vá y vuelve.*)

BLAS.

Pero, cómo! ¿Se vá usted?

PEP.

Si me está usted entreteniendo,
y yo tengo mucha prisa. ..

BLAS.

Hombre, qué vivo de genio
es usted; lo mismo es
un parroquiano que tengo;
un tal Don Lesmes, quizás
le conozca usted; un sujeto
muy apreciable, muy fino,
él es de Matapozuelos;
pero viene á temporadas
aquí, por causa de un pleito,
que tiene con el Alcalde
popular del mismo pueblo;
y como el Procurador
creo que es un gran pilluelo...
Y á propósito, Don Pepe,
ahora que hablamos de esto,
¿sabe usted que esta familia
de escribanos, y porteros,
oidores, magistrados,
procuradores y necios,

parece mentira, existan
 en el siglo del telégrafo?
 Luego dicen que es el siglo
 de las luces! del progreso!
 Parece mentira, que
 sea este ignorante pueblo!
 Lo que parece mentira
 es que exista un majadero
 como usted.

PEP.

BLAS.

PEP.

BLAS.

Hombre, por qué
 me dice usted ahora eso?
 Habla usted solo, mas que
 treinta y nueve zapateros.
 Es que entre todos, no sirven
 para descalzarme; luego,
 quiere usted á mi compararme
 con los demás zapateros?
 Soy zapatero de viejo;
 pero soy buen liberal,
 honrado y fiel en extremo,
 y soy persona decente
 desde el zapato al sombrero.
 Hombre, y diga usted; á propósito,
 ahora que hablamos de esto,
 ¿tiene usted allá en su casa
 algun sombrerillo viejo
 que regalarme? Porque
 están muy malos los tiempos,
 y siendo de una persona
 de confianza, así, no tengo
 inconveniente en tomarle
 y ponerle, aunque esté viejo;
 ahora si fuera de otro
 Hombre, si señor, si, tengo
 sombrero y botas, y todo
 lo que usted quiera.

PEP.

BLAS.

PEP.

Agradezco...
 Lo que yo agradeceré
 es que me diga usted presto,
 cuál es el medio mejor,
 ese magnifico medio,
 para hacer que Carolina
 me corresponda.

BLAS.

PEP.

Comprendo.
 Me lo ha prometido usted,
 y hace dos horas que espero
 saber cuál es.

- BLAS. Pues señor, como le iba á usted diciendo, esa mujer es muy loca y caprichosa en extremo.
- PEP. Eso ya lo ha dicho usted antes.
- BLAS. Pues lo repito de nuevo.
- PEP. Pues no me repita usted.
- BLAS. Bueno, Don Pepito, bueno. Es el caso, que ella dice que le gusta usted.
- PEP. Es cierto?
- BLAS. Continúo; que usted es muy guapo; un chico muy bueno; pero dice que una cosa solamente está temiendo. Y es, que sea usted como esa sarta de polluelos, que cuando hacen el amor se deshacen en requiebros diciendo: «Adios, hermosota.» «Vaya usted con Dios, salero.» Y en fin, otras necedades, quiero decir, chicoleos, que sobre no tener gracia. . .
- PEP. De modo que segun eso quiere que la llamen fea. . . ?
- BLAS. Hombre, no; tanto como eso. Pues ¡buenas son las mujeres! El insulto, mas tremendo para ellas, Don Pepito, es decirlas. . .
- PEP. Ah! Ya entiendo; y ella lo que quiere es. . .
- BLAS. Vamos, si, si, ya comprendo; pues, hasta luego, Don Blas.
- PEP. Pero. . .
- BLAS. Ya hablaremos luego. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON BLAS.

Pues señor, bien; está visto, y probado hasta el extremo que está este picaro mundo nadando en un mar de necios. ¡Ay! si yo fuera ministro! Como pronto pienso serlo,

mandaba ahorcarlos á todos;
pero en fin, los dejaremos.
Yo soy ministro futuro
que ha de obrar con el tiempo,
y entonces... ¡ah! ¡oh! Entonces...
¡la mar! la mar de sucesos!
Les declaro guerra á muerte...
pues, á los titiriteros. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CAROLINA; luego PEPITO.

- CAR. No le he visto en el balcon;
segura estoy que le quiero;
siempre que miro al tercero
me palpita el corazon.
- MÚSICA.
- CAR. Des que le ví una mañana
su figura vive aquí. (*En el corazon.*)
Yo estoy de él enamorada
aunque trate de fingir.
- PEP. (Hermosa rosa temprana,
yo te amo con frenesí;
de la noche á la mañana
vive tu imágen aquí.)
(*Adelantando al proscenio.*)
Hermosa Carolina...
(Se me olvidó el papel.)
- CAR. (Ya me lanzó un piropo,
empieza con mal pié.)
- PEP. Yo soy un guapo mozo
como se vé.
Los encantos no envidio
qué tiene usted.
- CAR. Primero, caballero,
dígame usted,
con qué licencia ha puesto
aquí los piés?
- PEP. Con la que diré luego,
ahora no;
dentro de unos instantes
hablaré yo.
- CAR. Descanse pronto y diga
para qué entró.
- PEP. Curiosidad en ella
se despartó.

HABLADO.

- CAR. A qué viene usted. y por qué, y podría saberlo yo?
- PEP. Si señora; ¿por qué no? Si en ello se empeña usted.
- CAR. Creo la pregunta justa.
- PEP. Yo la creo algo *indigesta*, aunque sé que mi respuesta no es mucho lo que á usted gusta; mas yo no soy cortesano, y de desengaños lleno, digo lo malo y lo bueno en estilo mondo y llano. Yo voy aquí á declarar cuanto tengo que decir, si es que usted me quiere oír, siéntese usted á escuchar.
- CAR. Permita usted que me asombre.
- PEP. De lo que mi lengua nombra, señora, nadie se asombra. (Ya me vá gustando este hombre.)
- CAR. Conque, á qué debo el honor?
- PEP. Ahora lo vá usted á saber. Como no tengo que hacer y hoy estoy de mal humor, viv por no alborotar la casa ó mas bien, no hacer el oso, ni incomodado, furioso, sin saber lo que me pasa, á mi vida iba á dar fin ya perdida la razon, cuando me asomé al balcon, y recordé á Moratin. El cual si no me he olvidado, dice... lo vá usted á saber: « que si yo me llego á ver una vez desesperado, me meto á traductor ó me degüello, ó me caso. » Y esto, de que no he hecho caso, hoy me quitó el mal humor. Pensé, el consejo seguí, y lo he puesto en planta ahora; á esto debe usted, señora, el honor de verme aquí.
- CAR. Es decir, que usted se casa

PEP. por no matarme?
yo sé que me encuentro mal
y no sé lo que me pasa;
conque en vez de degollarme,
como dice Moratin,
pondré á mi existencia fin
acabando por casarme.
Esto pensé, y lo aprobé;
estoy tan enamorado,
que quiero ser degollado
casándome con usted.
CAR. Hombre, así tan de repente,
sin conocerle ni nada?
PEP. Pues qué, no está usted cansada
de verme siempre ahí enfrente?
Yo quiero evitar el roce,
porque así, solo hallo gozo,
y aunque con nadie me rozo
todo el mundo me conoce.
Si usted no cree en verdad
mis parlamentos disformes,
puede usted pedir informes
á toda la vecindad.
CAR. (Me gusta para marido
un genio como este, llano.)
PEP. Nada, acepte usted mi mano,
mire usted que es buen partido.
CAR. Se alaba mucho, no cuela.
PEP. Pues siempre he sido lo mismo.
Cuando recibí el bautismo
ya habia muerto mi abuela.
CAR. Bueno, yo lo pensaré,
y contestaré á usted pronto.
PEP. No me gusta hacer el tonto.
CAR. Por eso me gusta usted.
PEP. Y usted á mi, no lo niego,
vamos á estar dos amantes.
Dentro de pocos instantes
estoy de vuelta, hasta luego! (Vase.)

ESCENA VII.

CAROLINA.

Qué hombre tan original!
Qué desenvueltas maneras!
Nada, en él no hay fingimiento,

todo el entero es franqueza;
en nada absolutamente
se parece á esa caterva
de polluelos, que á piropos
nos cansan y nos marean.
Pues señor, suerte es la mía,
ya que su figura erá
para mí tan agradable,
ser en sus modales buena.
Las gracias doy á don Blas
que me proporciona esta
Caramba! Voy á llamarle
que me dé la enhorabuena.

ESCENA VIII.

CAROLINA, DON BLAS.

MUSICA.

BLAS. Señorita Carolina,
CAR. Bien venido, amigo mio.
BLAS. (Hola, hola, esto vá bueno,
cuando ella me llama amigo.)
CAR. Soy una mujer feliz
y á usted sólo lo agradezco;
(Me será padrino de boda
mi don Blas el zapatero.)
BLAS. Señorita Carolina,
á ser padrino me ofrezco.
mande usted en cuanto guste
á don Blas el zapatero.
CAR. Amando vivo á un jóven
de gran provecho,
hermoso, jóven, raro,
cual yo le quiero.
El gozo me rebosa.
Por eso me alegro
Y usted á mí no lo
vamos á lo agradezco
querido amigo.
BLAS. Há tiempo que ese jóven
á quien aprecio,
me dijo que á usted amaba,
pero en secreto.
Y yo que á todo el mundo
siempre he servido,
le propuse que entrara,
como así ha sido.

HABLADO.

- CAR. Ah! luego usted le propuso la entrada en este aposento?
- BLAS. Sí, señora; mire usted, yo, como sé todo eso que sufre un enamorado por su adorado tormento, porque antes de ser fraile he sido ya cocinero, le dije, digo, pues mire, entre y háblela sin miedo; yo ya sé que usted es un poco bastante vivo de genio; pero á ella le gusta un hombre original en extremo, raro; en fin, le dije todo lo que usted me dijo, y luego añadí, conque usted la hable con un poco fingimiento, haciéndose el calavera, y en fin, cambiando ese genio, podrá usted alcanzar su amor. (Esto varía de aspecto.)
- CAR. Es decir, señor don Blas, que él ha seguido el consejo de usted?
- BLAS. Toma! Pues es claro; yo le enteré de ese genio que usted tiene, y los caprichos que aprecio, y siempre respeto.
- CAR. Es decir que lo que ha dicho todo ha sido fingimiento; que no es su carácter ese?
- BLAS. No, él siguió mi consejo; mire usted; don Pedro Vargas, oficial del ministerio, cuando andaba enamorado de doña Luisa Pacheco, que es hoy su esposa.
- CAR. Bien, basta; don Blas, es usted un mostrenco.
- BLAS. Como!
- CAR. Un traidor, un bellaco, y á más de bellaco, necio.
- BLAS. Señora, explíquese usted, que francamente no entiendo.

PEP. soy oficial, por lo menos.
BLAS. Usted oficial?
Si señor,
oficial... de zapatero.

ESCENA X.

CAR. DICHOS Y CAROLINA.
Señores, qué bulla es esta?
Tengan á bien, al momento,
desocupar esta casa,
y huir de mi vista lejos.
BLAS. Entro en la indirecta yo?
CAR. Si señor, usté el primero.
PEP. Pues claro, á usted, quién le mete
á hacerse casamentero?
BLAS. Pero hombre...
PEP. Quite usté de ahí,
cara de zapato viejo.
Conque, hermosa Carolina,
lo que dice este hombre, es cierto?
CAR. Si señor.
BLAS. Pero señora,
que no mude usté ese genio!
Lo mismo era la esposa
del coronel Oliveros,
cuando...
PEP. Y tiene usted valor
para hablar aun, don Pérfido?
CAR. Máchese, y no vuelve aquí;
odio á usted por majadero.
PEP. Por bergante.
CAR. Por traidor.
BLAS. Hombre, me han puesto el cerebro
hecho un depósito de
alarmantes vituperios;
me han convertido en Aduana
de terribles vilipendios:
vive Dios! y no lo sufre
ya don Blas el zapatero.
Yo soy futuro Ministro
de Ultramar ó de Fomento;
yo soy liberal, señores,
yo soy progresista acérrimo,
no me hagan saltar... porque
voy á subir hasta el cielo,
como dijo un comandante,

CAR. que era gallego por cierto.
Conque, señores, ya saben
mi decision.

PEP. Ah! gran perro!
Por tí llevo calabazas;
por usted, señor podenco.

BLAS. Pues mire usted, no le pese;
hoy estan malos los tiempos,
y usted ya lleva hortaliza
para dos ó tres inviernos.

MÚSICA.

PEP. Impío, bellaco,
ruin, infame, traidor.
BLAS. Basta de motes
que pueden ajar mi honor.

CAR. Basta, señores,
salgan presto de aquí;
que á mi casa, nunca
se viene á reñir.

CAR. Y PEP. Este hombre,
este tunante,
tan bergante
tan infiel,
el verdugo
es de mi dicha
del amor que yo soñé.
Fuera don Zapatero,
fuera, fuera de aquí,
no vuelva usted á mirarme
zopenco, malandrin.

BLAS. Me tienen aburrido
con tanto hablar de más,
me voy; y ya en la vida
no nombren á don Blas.

PEP. Señorita; hasta mas ver.
CAR. Vaya usted con Dios.

BLAS. La amistad de ustedes
ya desde hoy murió;
como zapatero, siempre
á sus órdenes estoy,
mas como particular
busquen amigo mejor.

PEP. Y CAR. Ya olvide mi amor,
como amiga } aquí me tiene,
amigo }
siempre á su disposicion.

Dispense usted { amigueta
amiguito... }
Adios, adios, adios.

Can.

Al concluir este TERCETO, PEPITO se vá por el foro,
repitiendo el «Adios,» y CAROLINA por la izquierda.

Pues mire usted, no le pesa;
hoy están malos los tiempos,
y usted ya lleva horita
para dos ó tres inviernos.

Bas.

MÚSICA
FIN

tan infeliz,
el verdugo
es de mi vida
del amor que yo soñé.
Échese don Xapatero,
fuera fuera de aquí,
no vuelva más á mirarme
zopenco malandrín.
Me tiene aburrido
con tanto hablar de más,
me voy; y ya en la vida
no nombran á don Blas.
Señorita; hasta más ver.
Vaya usted con Dios.
La amistad de ustedes
ya desde hoy murió;
como xapatero, siempre
á sus órdenes estoy,
mas como particular
pueden ser amigos mejor.
Ya olvide mi amor,
como amigo { aquí me tiene,
siempre á su disposición.

Per.

Bas.

Can.

Can. y Per.

Bas.

Per.

Can.

Bas.

Per. y Can.



